

El Bebé de Valentin



Dorian Logan

Bebé de
Valentin

1. Madurar

(Erick)

Sentado en una escalerilla plegable, me la pasé esperando llegaran clientes intentando no dormirme. Ya eran casi las 6 de la mañana por lo que mi turno terminaría en poco más de una hora. Luego de atender a algunos estudiantes y personas apresuradas para no perder sus transportes al trabajo o a sus respectivas escuelas.

Llevaba un par de meses trabajando en aquella tienda de autoservicio cerca de mi actual residencia. Sí, un OXXO, pues era de esos pocos trabajos que me permitían un horario flexible para poder estudiar los fines de semana y ganar un poco de dinero extra para pagar la habitación donde me alojaba.

Me había costado mucho convencer a mis padres de probar vivir por mi cuenta durante mis años de estudio. La universidad llevaba un plan de media carrera en mi localidad y la otra mitad en otro estado. Así que me pareció buena idea tomar ese año y medio como una preparación para vivir por mi cuenta, no tan lejos de mis padres por cualquier cosa y estar listo para una independencia más completa una vez que tocara irme y realmente sobrevivir por mi cuenta... No fue muy fácil convencerlos del sentido de todo aquello pues para papá era un gasto inútil el vivir a unos pocos kilómetros de distancia si podía seguir con ellos e ir a la universidad igualmente por el resto del curso hasta que tocara la parte de marcharme. Pero mamá fue más optimista y de alguna forma reconoció mi

madurez ante aquella propuesta. Le entusiasmó tanto la idea que en unas pocas horas ya estaba haciendo llamadas y me consiguió la habitación en la que me alojo actualmente.

Es sin duda una mujer de acciones rápidas con la que no puedes bromear de cosas serias por que las asume de inmediato y hace todo lo que está en su mano para hacerlas realidad. No podía estar más agradecido de tener su confianza, aunque igualmente siempre me recalaba que estaría al pendiente de mí todo el tiempo y el teléfono por si necesitaba algo o tenía alguna urgencia.

Vamos que hasta se ofreció a prepararme algunas comidas de vez en cuando que duraran lo suficiente si las congelaba... pero yo me negué. Quería vivir lo más posible la experiencia de la independencia y estar listo para cosas nuevas de la adultez.

La adultez... claro, ese momento en que tomas responsabilidad de tu propia existencia y el peso del mundo empieza a caer en tus hombros sin darte mucha cuenta de ello. Ya tenía unos pocos ahorros de algunos trabajos aquí y allá a los vecinos; cosas como instalarles sistemas de video, reparar algunas computadoras o solucionar algunos problemas básicos con sus teléfonos y aparatos digitales. Cosas típicas que yo supongo sabe todo joven adulto con acceso a internet, pero que supe monetizar lo suficiente gracias a que mi mamá pensaba que era alguna clase de gurú electrónico. Que en cierto sentido sí lo era para el tipo de problemas que llegaban a tener ancianos y señoras de edad en mi cuadra. Todo ese dinero que para mí era muchísimo se me fue rápidamente en anticipos de la habitación y la renta del mes. Aunque una vez que conseguí trabajo fue un poco menos doloroso por que ya podía al menos ahorrar y tener un ingreso más fijo mientras los

fines de semana descansaba y estudiaba en la universidad.

Hasta que llegaban los domingos, y por fin las responsabilidades adultas se frenaban. Las tareas de la universidad procuraba hacerlas rápido, cuando había, o dejarlas para los tiempos muertos del trabajo... y mi descanso de las cosas laborales llegaba.

Aprovechaba mi soledad y sacaba la maleta con candados de debajo de la cama, y usando la llavecita que llevaba como dije en la pulsera de mi muñeca, abría el candado que me daba acceso a mis posesiones más valiosas; mis pañales y ropas ABDL.

Había sido toda una aventura sacar esos pañales de casa; primero me propuse acabarme los mas que pude antes de mudarme, al final tuve que regalar unos a un amigo de otra ciudad, se los mandé por correo y todo, lo cual fue difícil por pensar que debería lidiar por alguna revisión o algo. Por fortuna no hubo tal cosa, supongo estuve de suerte, aunque aun así, no lo volvería a repetir.

Me costó un tiempo tomar confianza y adueñarme del espacio. Solo había puesto algunos pocos peluches en la cama, un cobertor colorido de osos astronautas y un par de posters de *Full Metal Alchemist* en las paredes blancas. Pero ya era hora. Al menos la zona que separaba mi “habitación” de comedor/sala/cocina era más privada por cosa de una puerta deslizable de madera, así que cuando mis padres venían a visitarme o dejarme algo, no llegaban a ver mi dormitorio. Así que poco a poco empecé a sacar el contenido de la maleta a los estantes junto a mi cama y tener un pequeño espacio improvisado para mis pañales y ropa ABDL, que poco a poco fue creciendo. Me ponía feliz ver ya incluso un par de paquetes cerrados junto a unos cuantos pañales variados.

La independencia puede ser dura a veces pero uno se acostumbra muy rápido a ese bonito sentimiento de libertad. Un amigo incluso celebró conmigo mi ida de casa y me regaló unos *Little Kings* de Abu. Le estoy eternamente agradecido, y he cumplido un poco mi promesa de usar algunos en el trabajo.

El turno nocturno era pesado, me lo daban con frecuencia a cambio de descansar los fines de semana. Pero al menos se pasaba rápido cuando llevabas algo tan comfortable como un pañal entre las piernas. Amaba mucho estos pañales de leoncitos por ser tan parecidos a los primeros pañales que recuerdo de mi infancia... incluso si me había considerado todo este tiempo una persona más inclinada al lado DL. Esos bonitos pañales tenían algo que despertaban mi lado más infantil al llevarlos puestos. Y se notaba, me sentía más en confianza conmigo mismo, más alegre y toleraba más a todo el mundo o no parecía que nada pudiese enojarme, tan solo por sentirme un niño travieso que escondía unos lindos pañales debajo de su uniforme.

—¡Ya he llegado! ¡Super Sorry bebé Eric! Me ha fallado por completo la alarma... —dijo Yolanda, mi compañera de trabajo entrando con prisa y moviendo sus piernitas cortas con gracia hasta detrás de la barra de cajas.

La observé divertido, al mismo tiempo que adormilado, girando mi cabeza para observar el reloj en la pantalla frente a mi. Eran las 7:06 de la mañana. Apenas se retrasó unos minutos, hice mi corte que ya estaba prácticamente listo y le dediqué una sonrisa de labios.

—¡Ya está, toda tuya!

—¿Cómo puedes verte tan fresco luego de un par de días en el turno de noche? Yo no puedo con las ojeras que me causa cuando me toca un solo día.

—Bueno, duermo todo el día antes y me hidrato la piel... puedo recomendarte algunas cremas si eso quieres.

—No, ya. Solo sigues siendo un niño lleno de colágeno, espera a que llegues a mi edad y seguro que parecerás un mapache como todo el resto de los mortales.

Reí bajito, con una sonrisa. Ella era apenas unos 5 o 4 años mayor que yo, pero eso ya le hacía sentirse toda una señora en comparación. Así, mientras ella recibía la caja registradora él apareció en la puerta; Aquel chico de piel morena, alto y fornido de cabello liso atravesó la entrada y nos dedicó una mirada tranquila que me derritió en un segundo, antes de ponerse a buscar en la sección de salud e higiene.

Yolanda pareció darse cuenta de mi embobamiento, hasta que sutilmente alzó la mirada y pudo ver la causa, sonrió con picardía e intentó no reírse en voz alta.

—Deberías ser menos evidente, Erick, le vas a hacer ojo... —susurró ella dándome un leve codazo en las costillas.

—¡Shhh cállate! —le dije acercándome a ella con cara de enfado.

Aquel muchacho me había llamado la atención desde hace mucho tiempo. No sabía cuánto... Creía que lo recordaba de algún sitio, y lo veía con frecuencia por la calle cuando vivía con mis padres. Aunque de repente un tiempo dejé de toparmelo y hasta recientes fechas era que la coincidencia me había llevado hasta quizá el OXXO mas cercano a su casa, por lo que lo veía casi todos los días o al menos cuando me tocaba

el turno nocturno, entrando por aquella puerta por las mañanas.

Siempre llevaba consigo una bebida energizante, unas galletas de avena o dulces, pero en esta ocasión llevaba algo extra; unas toallas sanitarias, que acercó a mi caja. Me le quedé viendo a los artículos un momento, pensando en qué hacía con aquello, hasta que mi compañera rompió con mis pensamientos.

—¿Es para tu novia? —preguntó Yolanda al muchacho, con genuina curiosidad.

Yo no podía creer lo que ella decía y me sonrojé como un tomate, empezando a escanear los artículos.

—Oh, no no. No tengo novia.

—¡Ahh, entonces para tu hermana quizá, tú mamá?

El chico pareció confundido por un momento ante aquella pregunta. Se limitó a sonreír mientras yo le daba el precio de todo y pagó exacto para tomar sus cosas e irse en el acto.

—¡Yolanda! ¿Por qué has hecho eso?

—¿Hacer qué? Preguntarle lo que tú querías preguntarle?

—No, no es eso, es solo que... ¡Lo has puesto incómodo!

—Te la has pasado todo el mes babeando por él. Un poco de realidad no te haría daño. ¿Qué tal si tiene novia? Compra esas toallas cada mes y medio.

—Pues no la tiene, ya lo has escuchado. Quizá solo...

—¿Quizá solo le gustan? Puede que tenga algún fetiche con las toallas sanitarias, como tu con los pañales, ¿no podrá ser?

Yolanda dijo aquello y solo me quedé en silencio sonrojandome más. Me sentía como un semáforo

viviente. Hacía unas semanas que me había descubierto usando pañales y bueno, es una chica con la que me llevo lo suficientemente bien como para intentar explicarle sobre las cosas ABDL. La verdad, me resultó super complejo de explicar y creo que lo hice francamente fatal, pero ella se encargó por su cuenta de investigar sobre el tema y sacarse de dudas, solo para terminar por aceptarme a su manera y comunicarme que no tenía ningún problema con guardar mi secreto.

—Si bueno, no sé qué pensar sobre eso. Podría ser muchas cosas. Y bueno, al final no importa. Me llama la atención pero solo eso.

—Ok, quizá la próxima le pregunte si tú le gustas...

—¡No lo harías! —el bochorno se estaba convirtiendo en enojo en mi cuerpo y la miré seriamente.

—¡Tendría que pedir que me cambiaran de tienda si haces eso! ¡Y nadie te va a salvar entonces de los turnos nocturnos!

—¡Maldita sea, no había pensado en eso! Bueno, te has salvado por ahora. Pero seguiré insistiendo en que deberías intentarlo. Ya no eres un adolescente, Erick, ya los chicos salen con chicos y las chicas con chicas y no hay tema. No tiene nada de malo preguntarle. Deja de perder el tiempo como si fueras un niño de secundaria enamorado.

Ella tenía un punto, quizá. Pero prefería llevarme las cosas con calma antes de sentirme incómodo con alguien que veía casi diario. Y, aunque las cosas funcionaran realmente, solo tendríamos un año para estar juntos antes de continuar mis estudios lejos. Todo era tan complejo y absurdo.

Terminé de entregar la caja a mi compañera y salí de la tienda. Por fortuna solo era caminar un par de cuadras hasta llegar a un pequeño edificio donde estaba mi pequeño departamento/habitación. No había usado

tanto mi pañal, apenas lo había mojado un poco, pero lo que más quería en el mundo era darme un baño antes de ponerme a dormir. Me bajé los pantalones, para ponerme frente al espejo y ver aquella silueta cómica de un muchacho con pañales enormes e infantiles con un leoncito al frente, estrellitas y aquella línea ligeramente azulada que avisaba que quizá requería un cambio.

Sonreí divertido, caminé como pato aun con los pantalones en las rodillas y giré la llave de la regadera, solo para percatarme que el agua no salía y en su lugar solo un estremecimiento de aire atrapado en las tuberías y su eco se liberaron. Di un suspiro lleno de frustración, y me acerqué a la tasa del baño solo para comprobar lo que me temía; el tanque estaba vacío. El agua de mi tinaco se había vaciado por completo, por culpa de un desperfecto con el tanque que yo ya tenía sabido, pero que había postergado arreglar por demasiado tiempo.

Para colmo de males, mi estómago me pedía clemencia, buscando descargarse. Lo cual sería imposible si quería reparar aquello hoy. Así que tomé de regreso mis pantalones, mi cartera y salí a la ferretería más cercana. Quizá de saber las cosas que pasarían luego, hubiera preferido tomar todas las opciones que pude haber tenido disponibles; como llamar un taxi para un supermercado, o quizá pedir ayuda a mi papá y que me llevase a otra ferretera o caminar un par de cuadras más para encontrar otra... pero no. El destino quería que yo fuera a ese lugar a esas horas, y pasaran las cosas que pasaron.

Aviso de Privacidad.

Este documento es parte de una serie de textos más grande, todos propiedad Intelectual de Dorian Logan, digitalizado y distribuido en canales oficiales autorizados por el mismo. Está prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del dueño de los derechos, Dorian Logan, sin previa autorización.

Solo se permite uso privado y personal que haya sido adquirido por medio legal.

Contacto: dorianlogan23@gmail.com

<https://subscribestar.adult/dorianlogan>

<https://t.me/notdorito>

Todos los contenidos son para mayores de 18 años.